

SER TESTIGO DE LA BARBARIE.
LA OCUPACIÓN DE BÉLGICA Y
LAS ATROCIDADES ALEMANAS
DE 1914 EN LAS CRÓNICAS DE
ROBERTO J. PAYRÓ*

Por *Emiliano Gastón Sánchez*

RESUMEN:

A pesar de la existencia de un tratado internacional que establecía su neutralidad frente a un conflicto bélico, el 4 de agosto de 1914, las tropas alemanas invadieron el territorio de Bélgica. A pocos días de iniciada la invasión comenzaron a circular rumores sobre las atrocidades cometidas por los soldados alemanes contra la población civil de Bélgica y de las provincias fronterizas de Francia. Este artículo explora las crónicas de Roberto J. Payró escritas durante la invasión y ocupación alemana de Bélgica con el objeto de analizar las imágenes y representaciones desplegadas por el autor en esos escritos. En primer lugar, se reconstruyen los diversos lugares de enunciación que Payró diseña a lo largo de las mismas. Y, en una segunda instancia, se analizan las imágenes y representaciones utilizadas por el autor para narrar, comprender y denunciar las atrocidades alemanas en Bélgica.

ABSTRACT:

Witnessing barbarity. The occupation of Belgium and 1914 German atrocities in Roberto J. Payró's chronicles

Notwithstanding the existence of an international treaty that had established

CONICET/
UNTREF/UBA

RECIBIDO: 15/05/11
ACEPTADO: 18/07/11

Belgium's neutrality in regards with the war, on August 14, German troops marched over its territory. Few days after the invasion had taken place, rumors were spread denouncing the atrocities committed on the civilian population of Belgium and the neighboring French provinces by German Soldiers. This article explores Roberto J. Payró's chronicles of the invasion and German occupation of Belgium, aiming at analyzing the images and representations delineated by the author in his this writings. First, I will reconstruct the locus of enunciation designed by Payró. Then, I will reflect on the images and representations utilized by the author to narrate, understand and denounce German atrocities in Belgium.

PALABRAS CLAVE: *Gran Guerra, atrocidades alemanas, Bélgica, Roberto Payró, prensa argentina, representaciones.*

KEYWORDS: *Great War, germans atrocities, Belgium, Roberto Payró, Argentine press, representations.*

◆————◆

“Desde hacía algunos años corrían rumores acerca de un plan secreto del estado mayor alemán para invadir Bélgica en caso de tener que atacar a Francia a pesar de todos los tratados firmados [...] Me parecía de lo más absurdo que, mientras miles y miles de alemanes disfrutaban, indolentes y felices, de la

* Una versión previa de este artículo se benefició de las agudas lecturas y sugerencias de Patricio Geli y Nicolás Kwiatkowski, a quienes agradezco más allá de todo formalismo.

hospitalidad de aquel pequeño país que no tenía parte en la reyerta, hubiera un ejército en la frontera a punto de invadirlo. — ¡Qué disparate! —dije— ¡Colgadme de esta farola, si los alemanes entran en Bélgica! Todavía ahora doy las gracias a mis amigos por no haberme tomado la palabra”.
Stefan Zweig¹

Muchos europeos de su tiempo hubieran estado de acuerdo con la incredulidad manifestada por Stefan Zweig acerca de una posible invasión alemana de Bélgica en caso de que estallara una conflagración entre las potencias europeas. Sin embargo, y a pesar de la existencia de un tratado internacional que establecía su neutralidad frente a un eventual conflicto bélico — “un pedazo de papel” según la célebre alusión del Káiser Guillermo II de Alemania—, el 4 de agosto de 1914 siguiendo las directivas del Plan Schlieffen, las tropas alemanas invadieron el territorio de Bélgica.

A pocos días de iniciada la invasión comenzaron a circular rumores sobre las atrocidades cometidas por los soldados alemanes contra la po-

1. *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2001 [1942], p. 283.

blación civil de Bélgica y de las provincias fronterizas de Francia. En un periodo relativamente breve, del 5 de agosto al 21 de octubre de 1914, se registraron cerca de 6500 fusilamientos y el establecimiento de un patrón de conducta que incluyó robos, saqueos, incendios, violaciones de mujeres, el uso de civiles como escudos humanos, deportaciones y la destrucción de edificios considerados patrimonio histórico y cultural de la humanidad, como la biblioteca de la Universidad de Lovaina y la catedral de Reims.²

A partir de entonces la referencia a la causa de Bélgica y la defensa de sus derechos se transformó en una cuestión de índole moral, de fundamental importancia para justificar el ingreso en la guerra en países como Gran Bretaña y, sobre todo, para influir sobre la opinión pública de las naciones neutrales a través de la prensa y, posteriormente, mediante la publicación en diversos idiomas de los informes oficiales realizados por las diferentes comisiones aliadas a lo largo de 1915.³

2. Véase la extraordinaria investigación de Horne, John y Kramer, Alan, *German atrocities 1914: a history of denial*, New Haven-Londres, Yale University Press, 2001, pp. 74-78 y el apéndice 1, pp. 435-439.

3. Cf. Schaepdrijver, Sophie de, "The idea of Belgium", en Roshwald, Aviel y Suites, Richard (comps.), *European*

El 20 de agosto de 1914 las tropas alemanas entraron en la ciudad de Bruselas. Allí, en el 327 de la Avenue Brugmann en el barrio de Uccle, vivía el escritor y periodista argentino Roberto Payró. Sin dudas, como recordará Alberto Gerchunoff al evocar los años de la ocupación, pudo Roberto Payró, con la diligencia amistosa del ministro argentino en la capital belga, salir del territorio sojuzgado, regresar a su tierra natal, o trasladarse a España o Suiza.⁴ Sin

culture in the Great War: the arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 267-294. La investigación francesa se publicó en enero de 1915, la Comisión Bryce, británica, dio a conocer su informe definitivo en mayo de 1915 y la Comisión Belga publicó su informe final en octubre del mismo año. Para sus respectivas versiones en castellano, véase: *Las atrocidades alemanas. Informe oficial de la Comisión nombrada para comprobar los actos cometidos en el territorio francés con violación del Derecho de Gentes*, París, Garnier, 1915; *Informe acerca de los atentados atribuidos a los alemanes emitido por la comisión nombrada por el gobierno de su Majestad Británica*, Londres, Thomas Nelson, 1915; *Informe sobre las violaciones del derecho de gentes en Bélgica*, París, Berger-Levrault, 1915.

4. Gerchunoff, Alberto, "Un Quijote argentino", en *Retorno a Don Quijote*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951, pp. 45-46.

embargo, decidió quedarse en Bruselas junto a su familia y comprometerse con la causa belga, sufriendo los cuatro años de la Gran Guerra en un país devastado, preso de la incomunicación, el hambre, la falta de dinero y las amenazas del invasor, siendo éste uno de los momentos más difíciles de su vida y cuyas consecuencias dejaron profundas marcas en él.⁵

5. El 24 de febrero de 1919 le manifiesta a su amigo, el poeta Eduardo Talero, la imposibilidad de viajar a Buenos Aires por cuestiones de dinero: “Cuento con ir a Buenos Aires dentro de poco, pero todavía no puedo fijar la fecha, a causa de algunas dificultades que se me oponen, sobre todo en el orden material. Los cuatro años largos de cárcel me han obligado a hacer grandes sacrificios, que nadie me compensará, y cualquier viaje obliga hoy a desmesurados desembolsos”. La carta está publicada en *Nosotros*, Año XIII, N° 120, abril 1919, pp. 583-584. Otros testimonios contemporáneos lo señalan reiteradamente: en Bélgica “dio la medida de su capacidad para el sacrificio”, escribe Julio Piquet en “Apuntes a lápiz”, incluido en el número homenaje de la revista *Nosotros*, Año XXII, N° 228, mayo 1928, p. 165. También su hijo Julio recordará: “Además de la claustrofobia, la fiebre obsidional, la ruina económica, las privaciones, aún el hambre, que formaron la trama de la existencia en el país ocupado y sujeto a los vejámenes, las depredaciones [...] el

Durante los primeros meses de la contienda se sumergirá en una escritura frenética de diarios, crónicas y correspondencias que a pesar de las dificultades logrará hacer llegar a Buenos Aires donde verán la luz en las páginas del diario *La Nación*. Las crónicas de Payró publicadas en ese matutino son de una particular riqueza informativa si se tiene en cuenta que, en líneas generales, la información sobre los inicios de la Gran Guerra que brindaban los periódicos porteños provenían principalmente de las agencias de noticias europeas como Havas y Reuters, de los escasos periódicos extranjeros que llegaban por correo a las redacciones de los diarios argentinos y del relato de los viajeros que retornaban de Europa tras el estallido de la guerra. Es por ello que, sin lugar a dudas, constituyen la fuente más documentada sobre la violación de la neutralidad belga y la denuncia más sistemática de los atropellos cometidos por el ejército alemán que puedan encontrarse en las páginas de la prensa periódica argentina del momento.⁶

escritor argentino padeció todos los sufrimientos morales que las grandes tragedias colectivas precipitan sobre el hombre de corazón e inteligencia”, “Prefacio”, en *El diablo en Bélgica*, Buenos Aires, Quetzal, 1953, p. 9.

6. De allí, la aclaración introductoria de la redacción del periódico al iniciar la publicación del *Diario de un testigo*:

El objetivo de este artículo es analizar los diversos problemas que se suscitan cuando un escritor argentino presente en el teatro de las operaciones intenta descifrar la nueva realidad de la Gran Guerra tomando para la confección de sus crónicas, destinadas a la opinión pública de un país neutral, un conjunto de imágenes y representaciones que fueron elaboradas por los intelectuales europeos con el objetivo de legitimar y justificar el esfuerzo bélico de sus países. Con esa finalidad, este artículo ofrece una caracterización general de las crónicas elaboradas por Payró sobre la invasión y la ocupación alemana de Bélgica, atendiendo principalmente a las imágenes y a las representaciones desplegadas por el autor.

Se intenta demostrar que los textos producidos durante la ocupación alemana de Bélgica permiten matizar el recurrente conflicto entre la labor

periodística y la producción literaria percibidas por el autor a lo largo de su itinerario intelectual como dos actividades irreconciliables. Pues, en sus crónicas de la Gran Guerra Payró construye un lugar de enunciación ecléctico que conjuga una reivindicación de su condición de cronista y repórter que suele ser acompañada de un gesto textual que remite más bien a la figura de un intelectual clásico cuya autonomía en el campo es lo que le permite intervenir y denunciar en la esfera pública los atropellos del invasor.

En segundo lugar, que las representaciones enunciadas sobre las atrocidades alemanas en Bélgica permiten no sólo dar cuenta de los universos ideológicos y los climas culturales que marcaron los primeros meses de la Gran Guerra sino también constatar una cierta perspectiva autorreferencial sobre el horizonte cultural del observador en la que emergen, indiciariamente, valores culturales, visiones políticas y elementos de la memoria histórica de su país de origen. Por último, aunque íntimamente ligado a lo anterior, se procura demostrar que a medida que la Gran Guerra comience a ser percibida como un quiebre civilizatorio emergerá un cuestionamiento y una relativa incertidumbre acerca de la propia identidad nacional y su destino en el nuevo escenario de postguerra.

“Nuestro corresponsal en Bruselas, D. Roberto J. Payró, nos ha enviado la correspondencia de esa capital que empezamos a publicar hoy. Se trata de un diario llevado escrupulosamente desde el 26 de julio, y cuya primera parte alcanza hasta el 4 de agosto. Ocioso nos parece encarecer la importancia de esta correspondencia, escrita por un testigo de los sucesos, que es, además, el escritor bien conocido y apreciado por los lectores de este diario”, en *La Nación*, N° 15338, 8/9/1914, p. 4.

Para ello, se analizarán el conjunto de crónicas escritas al calor de los primeros meses de la Gran Guerra y publicadas en el matutino porteño entre septiembre de 1914 y septiembre de 1915, fecha en que el activismo proselitista de Payró llega a los oídos de las autoridades alemanas en Bélgica, desatando contra él una andanada represiva que incluirá varios allanamientos de su vivienda, la requisa de manuscritos, el sometimiento a interrogatorios y la imposición de estrictas condiciones de vigilancia.⁷

Este artículo se abre con una breve descripción del itinerario intelectual de Payró y sus recurrentes lamentos sobre las imposiciones que el trabajo periodístico acarrea para

luego analizar cuál es la imagen de su accionar que el autor diseña en las crónicas escritas durante la ocupación alemana de Bélgica. A continuación se ofrece un análisis de las principales representaciones sobre las atrocidades alemanas utilizadas por Payró atendiendo, desde la óptica del autor, a los usos, objetivos y limitaciones de las mismas.

Un viejo repórter anclado en Bruselas

La mayor desgracia del escritor auténtico es carecer de medios suficientes para vivir, porque se verá condenado a escribir artículos y los artículos, por mucho que valgan, son hojas que se las lleva el viento.
Manuel Gálvez⁸

Le tocó moverse en dos ambientes inferiores entre nosotros, el del teatro y el del periodismo; el uno refugio de improvisadores, el otro, de arribistas: Payró enobleció, dio categoría al uno y al otro.
Álvaro Yunque⁹

Con el objetivo de analizar cuál es la imagen de sí mismo que

7. Se trata de un vasto conjunto de más de un centenar de entregas agrupadas bajo diferentes títulos: *Desde Bruselas. Diario de un testigo*, seis entregas; *Diario de un incomunicado. La guerra vista desde Bruselas*, dieciséis entregas; *Peregrinación a las ruinas*, tres entregas; *La neutralidad de Bélgica*, siete entregas; *En Holanda*, tres entregas; *Un ciudadano: el burgomaestre Max*, cinco entregas; *La destrucción de Lovaina*, dos entregas; *Episodios de la ocupación alemana*, cuatro entregas; *La guerra vista desde Bruselas. (Diario de un testigo)*, cuarenta y nueve entregas; *Monsieur Dagimont. Correo del soldadito belga*, seis entregas, más un puñado de sueltos sobre el asesinato de Jaurès, los representantes argentinos muertos en la guerra y la pastoral del Cardenal Mercier.

8. "Periodismo literario y no literario", en *Recuerdos de la vida literaria (I). Amigos y maestros de mi juventud. En el mundo de los seres ficticios*, Buenos Aires, Taurus, 2002 [1961], p. 515.
9. "Introducción", en Larra, Raúl, *Payró. El hombre y la obra*, Buenos Aires, Claridad, 1938, p. 8.

Payró construye a lo largo de sus crónicas desde Bélgica, este apartado analizará cómo se entraman a lo largo del itinerario del autor las figuras del periodista y el escritor y cómo las mismas serán progresivamente percibidas como la encarnación de dos actividades irreconciliables. En este recorrido, tendiente a demostrar su particular reivindicación como repórter durante la ocupación de Bélgica, se analizará cómo ese conflicto emerge a lo largo de sus obras y en el diálogo con sus contemporáneos con anterioridad a su labor en la Gran Guerra.

A partir de 1880 se produjeron en el país una serie de transformaciones económicas, políticas, demográficas y culturales que obligaron a los periódicos a ensayar una modernización acorde a los nuevos tiempos. Procesos más amplios como el crecimiento del mercado de bienes culturales y el desarrollo del campo intelectual, cuyos contornos están plenamente configurados hacia el Centenario,¹⁰ enmarcaron e impulsaron transformaciones en la composición del público lector y del mercado editorial, la profesionalización del escritor como así también inno-

vaciones en los formatos, géneros y discursos de las publicaciones periódicas, renovadas de la mano de novedades técnicas que permitieron aumentar las tiradas y que diversificaron el campo periodístico y las funciones simbólicas que la prensa cumplía en la vida pública de la Argentina.¹¹ Junto con estas transfor-

10. Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 161-200 [1983].

11. Para una visión general del proceso de modernización puede consultarse Roman, Claudia, "La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)", en Laera, Alejandra (Ed.), *Historia crítica de la literatura argentina: El brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37. Sobre el desarrollo del mercado editorial cf. Pastormelo, Sergio, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en De Diego, José Luis (Dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, FCE, 2006, pp. 1-28. Sobre la emergencia del nuevo público lector, Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, [1988] y Romano, Eduardo, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos, 2004. Acerca de la profesionalización e inserción del escritor en la prensa periódica cf. Rivera, Jorge, *El escritor y la industria cultural*, Buenos Aires, Atuel, 1998 y Laera, Alejandra, "Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)", en

maciones, se inauguraron también nuevas formas de ingreso al periodismo ligadas a un nuevo género textual, la crónica, cuyas condiciones de producción la situaban a mitad de camino entre el periodismo y la ficción.¹²

Roberto Payró ejemplifica de un modo cabal las diferentes inflexiones de la profesionalización del escritor en el Buenos Aires *fin-de-siglo* y el incremento del repertorio de estrategias de inserción en los periódicos pues, como ha señalado Alejandra Laera, encarna “a un periodista profesional en el sentido fuerte del término que construye en el interior del diario un espacio propio reconocible, generalmente por la escritura de crónicas o de alguna sección idiosincrática, y que, gracias a eso pero paralelamente, crea una zona exterior a la prensa reservada a una

literatura pretendidamente no periodística”.¹³

Sin embargo, en el periodo que va de 1880 al Centenario esas estrategias tendientes a conciliar en el espacio del diario la labor periodística con la ficción, es decir, obtener un cierto prestigio como periodista profesional para construir desde allí una posición literaria exterior al periódico, se tornarán progresivamente incompatibles y las urgencias económicas de la vida cotidiana junto a las exigencias crecientes que imponía el ritmo de trabajo en los periódicos fue limitando el accionar de muchos escritores a la esfera del diarismo.

En gran medida este es el derrotero de intelectual de Payró. Hacia 1883 comienza su labor periodística y el trajinar por el mundo de las redacciones. Desde Europa, recordará sus primeros pasos en correspondencia con Alberto Gerchunoff:

Mi via crucis periodística comenzó allá por 1883, apenas escapé de las aulas, en un diario titulado “El Comercio”, donde escribí por las entradas de teatro [...] “La Patria Argentina”, dirigida entonces por D. Juan Gutiérrez, fue el primer diario que me pagó sueldo,

Altamirano, Carlos, *Historia de los intelectuales en América atina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 495-522.

12. Sobre la emergencia de la crónica, véase: Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2003, [1989], cap. IV, “Los límites de la autonomía”, pp. 113-148 y Rotker, Susana, *La invención de la crónica*, México, FCE, 2005.

13. Laera, Alejandra, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, *op. cit.*, p. 503.

*allá por 1885 [...] El segundo fue "La Libertad", de D. Víctorino de la Plaza, dirigida por D. Ricardo Pillado. El tercero, "Sud América", al que me llamó el poeta Rivarola. El cuarto, "La Razón", del doctor Onésimo Leguizamón, inolvidable por muchos conceptos, sobre todo por la fraternal amistad allí nacida entre Martiniano y yo. El quinto, "El Interior" de Córdoba.*¹⁴

En 1892 su amigo José Miró, más conocido bajo el pseudónimo literario de Julián Martel, le presenta a Julio Piquet, secretario de redacción de *La Nación* y este recomienda fuertemente al administrador Enrique de Vedia su ingreso en el periódico, iniciándose así la extensa relación de Payró con el diario de los Mitre que se prolongaría hasta su muerte en 1928.¹⁵

14. Carta a Alberto Gerchunoff fechada en Barcelona el 11/12/1908, citada por González Lanuza, Eduardo, *Genio y figura de Roberto J. Payró*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, pp. 37-38.
15. En la citada carta autobiográfica, Payró indica imprecisamente su ingreso a *La Nación* en 1891 y esa fecha se ha reiterado en la bibliografía aunque, como ha demostrado Jorge Severino, los escritos iniciales en dicho diario datan de diciembre de 1892. Cf., *Apuntes para un desagravio (encuentros imaginarios con Roberto J. Payró)*, Buenos Aires, Fundación El Libro, 1995, p. 29. Sobre *La Nación*

Desde su temprana iniciación Payró vive casi exclusivamente de su trabajo literario y periodístico, un trabajo rutinario y, por momentos, tedioso que incluye entre otras labores, las traducciones, la redacción de artículos propios, las correcciones y la elaboración de discursos para terceros.¹⁶ Esta situación es la que explica sus reiteradas referencias al tema del periodismo y la escritura por encargo como un trabajo que agota las posibilidades del escritor. A propósito, recordando el sombrío destino de José Álvarez, que también era el suyo, señala:

El que escribe tiene que caer en el periodismo, secarse en la tarea ramplona, deprimente y destructora, o reventar, si no tiene carácter para

-
- en el periodo que nos ocupa, véase: Mogillansky, Graciela, "Modernización literaria y renovación técnica: *La Nación* (1882-1909)", en Zanetti, Susana, *Rubén Darío en La Nación de Buenos Aires, 1892-1916*, Buenos Aires, Eudeba, 2004, pp. 83-104 y Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 25-54.
16. Sobre la labor de Payró como traductor y director de la Biblioteca de *La Nación*, véase: Severino, Jorge, "Biblioteca de *La Nación* (1901-1920). (Los anaqueles del pueblo)", en *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, Buenos Aires, Año I, N° 1, 1996, pp. 80-106.

*emprender el comercio, o correr tras de un empleo para sostenerse de él en cuanto lo consiga –generalmente tarde y mal– y renunciar al nombre literario que puede no servirle sino para crearle enemigos.*¹⁷

Quejas como estas serán recurrentes a lo largo del derrotero de Payró quien también apelará a la ficción como una estrategia para manifestar ese descontento. Ya en su

17. “Fray Mocho”, en *Siluetas*, Buenos Aires, Anaconda, 1931, p. 87. También pueden recordarse aquí, entre otras referencias posibles, las líneas que con un cierto dejo condescendiente, le dedicara Rubén Darío a la cuestión: “Si el ambiente no te es propicio como á todos los que tenemos nuestras barcas en la Estigia de tinta de la prensa, no por eso te has acobardado, y has podido, en medio de tus tareas psico-mecánicas del diario, trazarte tu plan intelectual y poner a disciplina tu pensamiento para la realización de obras de verdad, de bien y de belleza [...] Has tenido un buen campo de experiencia y ése es el diario. Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es a mí ver injusto de toda injusticia ese cargo [...] No mueren las ideas porque tengamos que escribir del hecho común o que comentar el suceso de ayer [...] Sin esas gimnasias de la prensa, tu idea no habría tenido nunca músculos”, en *Nosotros*, Año I, N° 1, 1907, pp. 9-10.

primera novela *Antígona*, publicada en 1885, emergen varios de los tópicos que luego serán recurrentes: el desinterés de los editores, la ausencia de un público culto, el gusto por lo escandaloso y, sobre todo, la imposibilidad de conciliar el periodismo y la literatura.

Este último tópico será reiterado por Payró en el ensayo *Triunfador* de 1897, en los cuentos “La paradoja del talento” y “Mujer de artista” incluidos en *Violines y toneles* (1908) y en la obra dramática *El triunfo de los otros*, publicada en folletín y estrenada luego por la compañía de Enrique Borrás el 22 de junio de 1907. En este último drama Payró hace recaer en su alter ego de Julián, un periodista de cuarenta años consumido en los engranajes del diarismo, los quejas acerca de las imposiciones que el periodismo descarga sobre el escritor:

Quince años de periodismo anónimo me exprimieron material y mentalmente. Pero siquiera vivíamos de mis jornales, porque no fui otra cosa que un jornalero de la pluma, y mi trabajo redundó siempre en honra y provecho, no míos, sino del propietario del periódico. Sabes perfectamente cómo sacudí el yugo, cómo escapé a la esclavitud para caer en esta falsa independencia, en la que no dependo de uno sino de muchos, y en la que a veces

*no logro ganar nuestro pan...
¡Libros ajenos, dramas ajenos, ar-
tículos ajenos, discursos ajenos!*¹⁸

Si bien, algunos de esos tópicos ya habían sido reiterados en las obras señaladas anteriormente es interesante destacar dos pasajes de la cita anterior: en primer lugar, la estrategia textual tendiente a señalar la falsa autonomía que implica la labor periodística y, en segundo lugar, la imagen del periodista como un jornalero de la pluma, pues en el mismo año del estreno de dicha obra Payró impulsará desde las páginas de *La Nación* los reclamos de este nuevo actor de la escena intelectual mediante diversos escritos publicados en su columna “Crónica del día” y desempeñará un rol central en la fundación de la primera Sociedad Argentina de Escritores, abocada a la defensa de los derechos gremiales e intelectuales de los escritores asalariados y los periodistas.¹⁹

18. Payró, Roberto, “El triunfo de los otros”, en *Teatro completo*, Buenos Aires, Hachette, 1956, pp. 193-194.

19. “La casa de los que no tienen casa”, “El hogar intelectual”, “Una nueva profesión” y “Los derechos del repórter” incluidas en *Crónicas*, Buenos Aires, Rodríguez Giles, 1909. Sobre el proyecto gremial de Payró, véase: Dalmaroni, Miguel, *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2006, pp.

No están del todo claro los motivos que llevaron a Payró a iniciar su estadía en Europa. La bibliografía suele señalar que el fastidio generado por la irresolución de ese conflicto explica, en parte, la decisión de alejarse del escenario intelectual porteño y comenzar su experiencia europea.²⁰ El cobro inesperado de la herencia de un pariente lejano le permitió trasladarse con su familia a Europa y radicarse allí para educar a sus hijos. El destino inicial fue Barcelona pero tras el fracaso de su emprendimiento editorial, la Casa Editorial Mitre e inquietado por los altísimos niveles de violencia que asolaron la ciudad durante los conflictos obreros que tuvieron lugar entre finales de julio y comienzos de agosto de 1909, más conocidos como la Semana Trágica, decidió dejar la ciudad condal para instalarse definitivamente en Bélgica.

Fue clave en esta decisión la intermediación de su amigo el ingeniero Eugenio Koettlitz, quién luego trabajará en la defensa de Amberes y será uno de los tantos informantes de Payró durante la ocupación alemana. Desde Bruselas, continuará desempeñando su labor como corresponsal de *La Nación*, recogiendo

141-151.

20. Cf. García, Germán, *Roberto J. Payró. Testimonio de una vida y realidad de una literatura*, Buenos Aires, Nova, 1961, pp. 119-120 y 130-131.

relatos y costumbres del folklore de Flandes y Valonia, publicadas póstumamente bajo el título *El diablo en Bélgica* y narrando los acontecimientos políticos, económicos y sociales de la pequeña y noble Bélgica en sus crónicas publicadas con anterioridad al conflicto bélico, *Cartas informativas y Visiones y lecturas*.²¹

Sin embargo, su asentamiento en Europa no hará desaparecer la reflexión sobre la figura del escritor profesional, los límites de su autonomía y el agotamiento en los engranajes de la prensa. En la semblanza de su amigo, el poeta belga Émile Verhaeren, ratificando esa mirada bifronte que veremos emerger en sus crónicas desde Bélgica, escribe:

Bélgica, tierra de artistas y de pensadores, así como de industriales y de financiistas, de grandes obreros y de insignes labradores, es desgraciadamente harto pequeña para sustentar a los escritores con el sólo producto de su pluma. Lo mismo ocurre y ocurrirá en nuestro país, mientras no se multiplique la po-

*blación y crezca proporcionalmente el apetito intelectual que los diarios y periódicos alcanzan hoy —y sobran— para satisfacer. Por eso en Bélgica como aquí es muy raro el escritor profesional fuera del periodismo y casi no hay poeta o novelista de alguna reputación que no viva de un empleo público.*²²

Cabría destacar que esos recurrentes lamentos sobre la imposibilidad de realizar una obra más vasta dada las imposiciones del trabajo cotidiano en el periódico no sólo están presentes en la percepción que el autor tiene de su propia experiencia sino que constituye también uno de los ejes de la interpretación de su obra por sus contemporáneos de antes y después de la guerra.²³

21. Sobre la influencia de Bélgica en su obra, véase: Goorden, Bernard, “Bélgica en la obra de Roberto J. Payró”, en De Groof, Bart, Geli, Patricio, Stols, Eddy y Van Beeck, Guy (Eds.), *En los deltas de la memoria. Bélgica y la Argentina en los siglos XIX y XX*, Bélgica, Presses Universitaires de Louvain, 1998, pp. 201-204.

22. “Émile Verhaeren”, en *Siluetas*, Buenos Aires, Anaconda, 1931, p. 33.

23. Además de los testimonios ya citados podrían agregarse los siguientes: “¿Cuál habría sido la obra de Payró en un medio menos hostil a la literatura que el nuestro, y entiendo por hostil el medio que no permite al escritor vivir de su producción y concentrarse con profundidad? Su obra no sería diferente en su carácter, pero sería tal vez más copiosa” pues “esos libros y esos dramas de Payró se han construido en el descanso del periódico”, señala Gerchunoff en el estudio introductorio a *El Capitán Vergara*, Buenos Aires, Casa Editora de Jesús Menéndez, 1925, p. XIII. Y ese tópico de lectura llega al

Esa progresiva separación entre el periodista y el escritor que trajo aparejada la profesionalización de la escritura provocó también un distanciamiento del primero respecto del modelo más tradicional del intelectual. Pues, como recuerda Laera, sea por los ritmos agitados de la labor periodística o por los riesgos de la mercantilización del trabajo intelectual, el hecho es que la labor periodística fue vista en oposición a la actividad intelectual propiamente dicha. En otras palabras, que la figura del periodista fue entendida como

paroxismo en el homenaje que le dedicara la revista *Claridad* tras su muerte, allí se lee: “La ceremonia del sepelio de los restos mortales del gran novelista, fue un espectáculo indigno que mereció el más franco repudio de los escritores honestos que asistieron a ella. Se inició la farsa, a la que no debieron ser ajenos los eclesiásticos mentores del *diario que le chupó la sangre durante más de treinta años* sin lograr doblegar su entereza moral, conduciendo el ataúd a la capilla del cementerio donde se entonó el kirieleisón o la milonga fúnebre ad-hoc, profanando burdamente la memoria del gran muerto, anticatólico de toda la vida, hombre de ideas claras y limpias, sin telarañas ni concesiones al frailerío”. Cf. “Claridad se asocia al duelo provocado por la desaparición del venerado maestro y patriarca de nuestra literatura, Roberto J. Payró”, en *Claridad*, Buenos Aires, Año VII, N° 156, 14/4/1928, s/p. El destacado es mío.

un intelectual portador de un perfil menos nítido y de menor valía respecto de los escritores consagrados que se dedicaban exclusivamente a engrandecer su obra literatura.

Sin embargo, a pesar de las numerosas y sinceras protestas en contra del periodismo hubo oportunidades en las que Payró manifestó su orgullo de ser periodista con su carga ética de derechos y deberes. Las crónicas enviadas desde Bélgica durante la Gran Guerra son un ejemplo de ello pues allí emerge una reivindicación del oficio de cronista y reportero que convive con un gesto que remite más bien a la figura del intelectual tradicional, desplegando una forma de intervención que hace de la denuncia a través de la prensa el eje de su accionar aunque provenga de un intelectual que no posee el capital simbólico y la autonomía de un consagrado. Aunque haya sido visto por algunos escritores como la galera de los intelectuales o como meros papeles que se los lleva el viento lo cierto es que esa relación privilegiada establecida con el periodismo y, por ende, con el público, le permitirá a Roberto Payró amplificar su denuncia de las atrocidades alemanas cometidas en Bélgica y hacer de ello una forma de posicionamiento intelectual que tensiona los modos de

toma de posición establecidas en el campo intelectual argentino.²⁴

Viejo conocedor de las trastiendas del periodismo y de las formas de invención de las noticias, comienza tempranamente a desconfiar de la información que puede recolectar a través de los diarios que circulaban en Bruselas antes de la ocupación: “[...] comienzo a no explicarme cómo, eternamente rechazados en todas partes, los alemanes ganan poco a poco terreno hacia el oeste, acercándose cada día más a Bruselas”.²⁵ La

sensación de asfixia y de total aislamiento del mundo será una imagen reiterada por Payró para describir la llegada de los alemanes a la ciudad y el progresivo establecimiento de un gobierno de ocupación.²⁶

Frente al aislamiento se impone una búsqueda de información veraz que escape al falso optimismo imperante en los escasos periódicos que circulan por la ciudad. Hacia finales de agosto su hijo Roberto se alista como camillero lo que le permitirá recorrer la ruta desde Charleroi hasta Namur y Dinant. Su padre le pide encarecidamente que tome notas de “ese camino de desolación” para luego transcribirlas en sus crónicas con el objeto de dar cuenta de lo que estaba ocurriendo en ese pequeño territorio. A su regreso, Payró escribe:

El país está completamente devastado, y a lo largo de las carreteras no se ven sino ruinas de aldeas y granjas incendiadas, cadáveres franceses insepultos cuyos pantalones rojean la tierra, osamentas de

24. Recordemos que *La Nación* constituía por entonces el segundo diario en importancia del campo periodístico argentino, con una tirada de aproximadamente 100.000 ejemplares diarios, que lo transformaba en un medio de ampliación fenomenal para las denuncias de Payró. Cf. Lerosé & Montmasson (Eds.), *Guía periodística argentina*, Buenos Aires, 1913, pp. 63-64.

25. Un lamento reiterado en los estudios dedicados a Payró era la carencia de una publicación que sacara del olvido a los escritos de su etapa europea y, en particular, las crónicas sobre la Gran Guerra. Dicha empresa fue realizada en el año 2009 por Martha Vanbiesem de Burbridge quien tuvo a su cargo la edición de esas corresponsalías en el libro Payró, Roberto, *Corresponsal de guerra. Cartas, diarios, relatos (1907-1922)*, Buenos Aires, Biblos, 2009. La cita proviene de la crónica “Diario de un incomunicado”, p. 668. En adelante citaré en base a esta edición.

26. “Estamos en una cárcel, separados completamente del mundo. Lo ignoramos todo, hasta lo que pasa en la misma Bruselas [...] a pesar de las noticias optimistas que siguen pintándose derrota tras derrota de los alemanes creo que el plan de éstos se ejecuta punto por punto, con sólo el retardo de algunos días, debido a la inesperada y heroica defensa de los belgas”, *Ibidem*, p. 682.

*animales que envenenan el aire con intolerable hedor, vehículos rotos y abandonados, arzones, carros y automóviles. No hay que comer, ni siquiera pan, y los pocos habitantes que quedan viven de la caridad de los soldados alemanes! Y a todo lo largo del camino se cuentan desastres y se habla de las atrocidades cometidas por el invasor, que tiene la mano de hierro y un corazón de fiera. Pero él lo dirá mejor, porque él lo ha visto.*²⁷

De lo anterior puede colegirse que la legitimidad de ese relato, que Payró glosa extensamente, emerge de la condición de testigo ocular de su hijo y a partir de entonces será nuestro cronista quien añore emprender largas giras por las zonas bajo control de los alemanes para poder contemplar con sus propios ojos la devastación del país. En este sentido, las referencias son reiteradas: “[...] me fue imposible ponerme al trabajo; sentía la necesidad imperiosa de salir, de ir al centro, de conocer los rumores”; tras escuchar el relato sobre la toma de Amberes de boca del agregado militar argentino, el coronel Lorenzo Bravo, afirma: “[...] sea como sea yo también tengo que verlo todo. Ya encontraré el medio” y nuevamente: “[...] he de procurarme los medios de visitar personal-

27. “Diario de un testigo”, en *op. cit.*, p. 689.

mente todos esos campos de desolación”.²⁸

Los medios necesarios para dicha empresa se harán realidad cuando días después de la caída de Amberes un amigo suyo, que sería indiscreto mencionar, obtiene un permiso de las autoridades alemanas para recorrer en automóvil la ruta comprendida entre Bruselas, Amberes y Lovaina, excursión de la que formará parte el autor dando rienda suelta a su viejo espíritu de repórter.²⁹

En estas excursiones a las ruinas presta oídos a los relatos de los sobrevivientes, escucha sus testimonios y recaba información mediante tácticas que a simple vista pueden parecer azarosas pero que, sin embargo, se hallan ordenadas, como nos recuerda Beatriz Sarlo, por dos factores: el oficio del periodista y su sistema

28. Payró, *op. cit.*, pp. 804, 898 y 708, respectivamente.

29. “Hasta entonces me había sido imposible realizar en toda su amplitud mi misión periodística, y mi vieja sangre de repórter me hervía en las venas, como allá en la juventud”, en “Peregrinación a las ruinas”, *op. cit.*, p. 711. Según Martha Vanbiesem de Burbridge los acompañantes en dicha excursión fueron el famoso violinista belga Mathieu Crikboom, el profesor Teyrlynch y el Dr. Ricardo Aznar Casanova, español, traductor del latín de Jean Luis Vivès y profesor de lengua española en las universidades de Lieja y Gante.

de ideas.³⁰ De forma que la reivindicación de su papel como periodista no es meramente nominal sino que incluye a esas viejas prácticas del oficio del repórter que veremos reaparecer a lo largo de las crónicas escritas en Bélgica durante los primeros meses de la ocupación alemana y con ellas todas las marcas de un estilo construido a lo largo de los años por Payró, basado en la combinación justa de apelaciones al lector, narración, diálogos, referidos, anécdotas y descripciones combinadas con información y estadísticas.³¹

30. Sarlo, Beatriz (selección, prólogo, notas y cronología) en Payró, Roberto, *Obras*, España, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. XXI. La autora recuerda allí una anécdota de su “excursión periodística a las costas patagónicas” que condensa cabalmente dichas prácticas de Payró como repórter: “¿A usted lo manda *La Nación*?—me preguntó el subprefecto. —Sí, señor— ¿Y para qué? —Hombre... para ver... para observar...— ¡Ah! ¿De modo que viene al *tuntún*? —En efecto, al *tuntún*. Siempre andamos así y a veces es muy curioso...”. El pasaje se encuentra en *La Australia argentina*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 [1898], p. 103.

31. Sobre las técnicas de Payró como repórter, véase: “El repórter viajero”, en Larra, Raúl, *Payró. El hombre y la obra*, Buenos Aires, Claridad, 1938, pp. 85-100 y Servelli, Martín, “Ver, oír y contar: excursiones periodísticas de Roberto J. Payró”, en AA.VV., *Actas del III Encuentro “La problemá-*

La escritura de las crónicas de Payró se legitima en la primera persona del cronista que funciona como garante no sólo de la veracidad de la información que registra y transmite con una pátina emocional e impresionista sino también de las otras voces —comunicados oficiales, proclamas, relatos de testigos oculares, discursos, extractos de periódicos, etc.— que articula e intercala con su propia narración de los hechos. Y al mismo tiempo esa primera persona está despojada de subjetividad para crear el efecto de una narración de verdades, de un “efecto de realidad”, y no un mero registro de impresiones, sentimientos u opiniones.

A lo largo de esas crónicas Payró construye un lugar de enunciación ambivalente entre la proximidad y el distanciamiento. En las primeras entradas de su *Diario de un testigo*, en las que narra las peripecias de la vida cotidiana en los días previos a la declaración de la guerra, Payró parece narrar “desde afuera” la ebullición que se apodera de la ciudad como un testigo imparcial de lo que desfila ante sus ojos. Y si bien hay pasajes en los que por momentos enfatiza su condición de extranjero, — “[...] aunque soy extranjero se me oprime el corazón ¡Qué sería si tal

tica del viaje y los viajeros”, CESAL- UER ISHIR/UNICEN, Universidad Nacional del Centro, Tandil, 2008.

cosa sucediese en mi tierra!” escribe al ver el ingreso de las tropas alemanas en Bruselas-, con el correr de los días y su involucramiento en la tragedia despunta un “nosotros” del cual se siente parte. Ya inmerso y decididamente comprometido en denunciar los atropellos del invasor, en una crónica escrita el 11 de octubre de 1914, parece reflexionar en voz alta sobre los motivos de su accionar:

¿Qué me importa a mí esta tragedia, de que debiera ser simple espectador? ¿Por qué la siento íntimamente ligada a mi vida? Porque veo la suerte a que están condenados los pueblos indefensos que se hallan al paso del aventurero armado de todas armas, porque muchos de mis ideales naufragaban, porque las más generosas doctrinas hacen bancarrota. ¿Dónde están los pacifistas? En el ejército. ¿Dónde están los socialistas internacionales? Cada uno en su línea de batalla. ¿Dónde la justicia, la equidad, el ánimo imparcial de los varones justos e incorruptos? En ninguna parte... No hay en este momento un sólo hombre que pueda alegrarse y proclamar: ¡Yo encarno la razón!³²

El pasaje señala los desplazamientos de los lugares de enunciación construidos por Payró en los dife-

rentes momentos de sus crónicas pues el simple espectador que debería ser ajeno a la tragedia se siente interpelado por los atropellos del invasor que conmueven su sistema de ideas. Y es también indicador de en qué grupos cifraba sus esperanzas de un posible freno a la locura alemana: los socialistas, de los que fuera compañero de ruta durante varios años en la Argentina y los pacifistas, que representaban la posición política que más lo definía a comienzos de la guerra.

¿Qué quedaba entonces por hacer frente a esa tragedia que hace naufragar gran parte de sus convicciones? Como recordará en la inmediata postguerra, al narrar sus peripecias en Bélgica para el Álbum de la Victoria que coordinaba su amigo Alberto Gerchunoff, no quedaba otra posibilidad que ser “un molesto testigo” y a pesar de los riesgos y de las penurias que acarreaba permanecer en un país ocupado, no quedaba otra alternativa que cumplir con “[...] mi deber de periodista, mi deber de testigo imparcial [...] No podía, no debía huir ante el fantasma, dejando por quimérico miedo de asistir a tantas cosas terribles o condenables como he visto después. Mi deber era quedarme”.³³ He aquí una explícita reivindicación de su identidad y sus

32. “La guerra vista desde Bruselas”, *op. cit.*, p. 890.

33. “La dominación alemana en Bélgica”, en Gerchunoff, Alberto (Dir.) y Bilis, Aarón (Dir. artístico), *El Álbum de la Victoria*, Buenos Aires, Elías Danon Editor, 1920, s/p.

deberes como periodista para explicar los motivos de su permanencia en Bélgica en los comienzos de la guerra.

Sin embargo, ese cronista no se limita a informar sobre el decurso de la guerra en el pequeño país ocupado sino que considera como un deber ético y moral denunciar esos atropellos en nombre de un conjunto de valores universales aunque ello implique inmolarsse en nombre de esas ideas. De esta manera, la reivindicación como periodista es acompañada por una forma de intervención que responde más bien a la figura del intelectual clásico que se arroga el deber de intervención en la esfera pública nombre de la verdad y la justicia.

Ese perfil intelectual no sólo puede deducirse del tipo de ademán construido por el autor en sus crónicas sino que existen algunos indicios que hacen verosímil la idea de una deliberada construcción de sí mismo como un intelectual comprometido. En la crónica dedicada a comentar la pastoral del cardenal Mercier, arzobispo de Malines durante la invasión, que denunciara ante el Vaticano las atrocidades cometidas por los ejércitos alemanes en su ciudad y en todo el territorio belga, Payró se detiene a contestar una serie de objeciones a sus denuncias sobre las atrocidades alemanas. Desde Alemania, el *Koelnische Zeitung* lo acusa de mentiroso y difamador por sus de-

nuncias de las atrocidades en Dinant donde fuera fusilado el vicecónsul argentino de la ciudad, Rémy Himmer y algunos alemanes le escriben desde la Argentina en análogo sentido. Lo cual muestra, como se verá en el siguiente apartado, que el aislamiento de Payró no resulta ser tan estricto como nuestro cronista lo suele presentar.

Esa breve respuesta es un claro ejemplo de que al escribir sus crónicas desde Bélgica Payró no sólo está pensando en cumplir con su deber como periodista sino también en diseñar una legitimidad intelectual en el sentido más puro del término. No sólo por pretender que la pastoral del cardenal Mercier apoya y acompaña sus denuncias, equiparando dos acciones de muy desigual resonancia a nivel mundial sino por la frase con la que concluye dichas réplicas: “La verdad está, una vez más, en marcha, y no se detendrá en el camino. Todo es cuestión de tiempo”.³⁴ Como se sabe esa frase acompaña el título del célebre *Yo acuso* de Émile Zola, que compila el conjunto de intervenciones del novelista francés durante el *Affaire Dreyfus*, verdadera acta fundacional del intelectual moderno en la que por primera vez un hombre procedente del mundo de las letras se arrogaba el poder interpelar de igual a igual al

34. “La pastoral del Monseñor Mercier”, en *op. cit.*, p. 1029.

presidente de la república francesa, Félix Faure.³⁵

Es del todo improbable que Payró desconociera la particular significación que cargaba ese sintagma. En primer lugar, porque a comienzos del siglo XX Zola fue una figura de una enorme presencia en la prensa porteña y, en particular, en *La Nación*, que en las últimas dos décadas del siglo XIX había publicado 32 escritos suyos, –entre ellos las intervenciones en el Affaire Dreyfus que podían leerse en Buenos Aires con pocos días de diferencia respecto de su aparición en París–, y 139 artículos dedicados a él.³⁶ En segundo lugar, y más importante aún, pues Payró era un gran conocedor de la obra de Zola, de hecho fue uno de los primeros traductores de sus novelas en Argentina, publicadas como folletín en *La Nación* y luego en for-

mato de libros baratos en la colección que él mismo dirigía y en 1902 había publicado su conferencia sobre *Emilio Zola*, editada por la Cooperativa Tipográfica del Centro Socialista de Estudios con prólogo de Adolfo Dickman.

En suma, las crónicas escritas desde Bélgica son un espacio privilegiado para la elaboración de una autoimagen de Payró en la cual la reivindicación de su condición de cronista y la puesta en marcha de esas viejas prácticas de repórter conviven con una forma de intervención en la que Zola, cómo literato que publica en los periódicos sus denuncias de los atropellos del Estado Mayor francés contra Dreyfus, sirve para legitimar un ademán de intervención que proyecta a la figura de Payró sobre la opinión pública argentina como un intelectual comprometido frente a la invasión alemana de Bélgica.

Narrar, representar y comprender las atrocidades alemanas

*¿Son ustedes los nietos de Goethe, o
los de Atila?*
Romain Rolland³⁷

Agudo interprete de la realidad, Payró había vaticinado en reite-

35. La frase, casi literal “la verdad está en marcha y ya nada la detendrá”, es la última línea del primer texto de Zola sobre el Affaire Dreyfus, “Monsieur Scheurer-Kestner”, publicado en *Le Figaro* el 27 de noviembre de 1897 y luego fue utilizada como subtítulo de la compilación de sus intervenciones. Cf. *Yo acuso. La verdad en marcha*, Buenos Aires, Tusquest, 1998, p. 25.

36. La cifra se encuentra en Rogers, Geraldine, “Émile Zola en los textos porteños de Rubén Darío: una autoimagen de los escritores modernos en la Argentina finisecular”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, Madrid, 2010, Vol. 39, pp. 173.

37. “Carta abierta a Gerhart Hauptmann” [2/9/1914], en *El Espíritu libre*, Buenos Aires, Hachette, 1956, p. 46.

radas ocasiones los peligros que una conflagración mundial suponían para Bélgica, dadas sus dimensiones territoriales y su estratégica posición geopolítica. En una crónica escrita hacia finales de 1912, con la guerra ardiendo en los Balcanes, había expresado sus reticencias sobre la preservación de la neutralidad belga en caso de un conflicto europeo de magnitud.³⁸

Con anterioridad a la crisis de julio de 1914, dedica varias crónicas a estudiar detalladamente la carrera armamentista y el delicado sistema de equilibrios de las potencias europeas, con la apesadumbrada convicción de que ninguna de ellas detendría dicha escalada, pues “[...] metidas las potencias en tales gastos que ninguna de ellas puede sostenerlos sin sacrificio vital, no habrá una que al borde de la bancarrota, ciega de rabia, atropelle de pronto, gritando: –¡Perdido por perdido!– cómo nuestros gauchos malos cuando buscaban una muerte heroica al verse rodeados por los veinte hombres de la ‘partida’.”³⁹

38. “Con razón o sin ella se teme una guerra europea, y se considera que traería consigo las consecuencias más funestas para el país, hasta su misma desaparición”, en “El temor de la guerra”, escrita en octubre de 1912 y publicada el 21/11/1912, *Corresponsal de guerra*, p. 273.

39. “¿Malos auspicios?”, *op. cit.*, p. 353.

Desatada la crisis de julio y luego de conocerse las condiciones del ultimátum austríaco a Serbia, Payró comienza a llevar un registro metódico de los acontecimientos en su *Diario de un testigo*. Este apartado se centrará en el análisis de las representaciones de las atrocidades alemanas en Bélgica utilizadas por el autor en esas crónicas.

En su primera entrada, correspondiente al domingo 26 de julio, Payró reitera las advertencias ya manifestadas sobre la posibilidad de una invasión a Bélgica que traería aparejada no la escasez y la miseria mientras dure sino la posibilidad misma de la desaparición del país, absorbida por Alemania, o desmembrada y rota, tras haber servido una vez más de campo de batalla europeo.⁴⁰ Narra allí la zozobra y la expectativa de los días iniciales, los preparativos, los rumores más inverosímiles, las multitudes agolpadas en los bancos y en los almacenes de la ciudad, el éxodo de los alemanes y la inesperada noticia del asesinato de Jean Jaurès en París.

Cuando a pocos días del estallido de la Gran Guerra se inicie la querrela de las responsabilidades, una fuerte polémica para determinar sobre qué potencia recaía la culpabilidad de haber iniciado la contienda, Payró

40. “Diario de un testigo”, *op. cit.*, p. 594.

se inclinará por aquellos que asignan a las potencias centrales la responsabilidad por el desencadenamiento del conflicto. Comentando el clima que se vivía en Bruselas, escribe:

La irritación contra Alemania se acentúa, y muchos la hacen exclusivamente responsable de lo que está pasando. Ciertamente que los alemanes no disimulan su contento, ni aunque se trate de los más tranquilos y ecuanímenes.

La condenación de la conducta austríaca es general, aún entre muchos de los que menos simpatías sienten por los serbios, y la actitud alemana comienza a ser acerbamente criticada. Nadie admite que Alemania haya podido ignorar los propósitos de Austria, y muchos ven en el paso dado contra Serbia un pretexto evidente para hacer que la guerra estalle sin que parezca provocada por el gobierno alemán.⁴¹

Ahora bien, ¿cuáles son las representaciones trazadas por el autor para dar cuenta y explicar los hechos de los que comienza a ser un testigo comprometido? En los países combatientes, los últimos días del mes de julio y los primeros de agosto de 1914 fueron el escenario de la emergencia de una verdadera cultura nacional de guerra, en cuya elaboración los intelectuales serían de vital im-

portancia. La invasión alemana de Bélgica desempeñó un papel central en la emergencia de dichas “culturas de guerra” que, si bien de contenidos diferentes en cada caso nacional, respondían en su forma y funciones a objetivos similares, mediante la construcción de diversas representaciones del conflicto cristalizadas de forma sistemática.⁴²

Ante todo, dichas construcciones aspiraban a la consolidación de la unidad nacional y a la exaltación del sentimiento de comunidad para dotar de un sentido al conflicto y obtener un apoyo masivo al esfuerzo de la nación en guerra. Para ello, fue fundamental la creación de identidades colectivas polarizadas y dicotómicas que asignaban valores positivos a la propia identidad nacional o la de sus aliados y paralelamente desplegaban una progresiva demonización del enemigo y su cultura.

Contrariamente a lo que ocurría en Francia, que podía retrotraerse a los principios de 1789, en Inglaterra, que se asociaba con el liberalismo o en Rusia, autoproclamada represen-

41. *Op. cit.*, pp. 596 y 602.

42. La acuñación original del concepto de “cultura de guerra” se halla en Audoin-Rouzeau, Stéphane y Becker, Annette, “Violence et consentement. La ‘culture de guerre’ du premier conflit mondial”, en Rioux, Jean-Pierre y Sirinelli, Jean François (eds.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 251-271.

tante del panslavismo, los intelectuales alemanes descubrieron que su nación no poseía una misión propia que reivindicar y se abocaron a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia retomando algunos elementos de una ideología cuya construcción hundía sus raíces en la vieja polémica destinada a explicar y justificar la llamada “vía alemana hacia la modernidad” o *Sonderweg*.⁴³

43. Cf. Stromberg, Roland, *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*, Kansas, Regents Press of Kansas, 1982. Para el caso alemán véase Demm, Eberhard, “Les thèmes de la propagande allemande en 1914”, en *Guerres mondiales et conflits contemporains*, París, PUF, N° 150, 1988, pp. 3-17; “Les idées de 1789 et les idées de 1914. La Revolution française dans la propagande allemande”, en *La réception de la Revolution française dans les pays de langue allemande*, París, Annales littéraires de l’Université de Besançon, 1987, pp. 152-161 y “Les intellectuels allemands et la guerre”, en Becker, Jean Jacques y Audoin-Rouzeau, Stéphane, *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918. Actes du colloque organisé à Nanterre et à Amiens du 8 à 11 décembre 1988*, París, Université de Nanterre, 1990. El papel de los intelectuales franceses en los combates culturales durante la guerra fue analizado por Prochasson, Christophe, *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première guerre mondiale, 1910-1919*, París, La

Una de las formas principales en que este combate cultural se manifestó, sobre todo a partir de las primeras denuncias del accionar de los ejércitos alemanes en Bélgica, fue mediante la dicotomía entre la “civilización” francesa y la “barbarie” alemana, presentada bajo la oposición conceptual *Kultur/Civilization*, siendo ésta última un derivado de la Ilustración y del proceso revolucionario abierto en 1789, reforzado a partir de 1870 por el desarrollo de la cultura política republicana, que expresaba un universalismo contrastante con el particularismo lingüístico y cultural que condensaba la noción alemana de *Kultur*.⁴⁴

Découverte, 1996 y Hanna, Martha, *The mobilization of intellect. French scholars and writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996. Para el caso británico, véase Hynes, Samuel, *A war imagined. The First World War and english culture*, London, Pimlico, 1992 y Field, Frank, *British and French writers in the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

44. Cabe aclarar que está suficientemente demostrado que los términos “civilización” y “cultura” poseen una dilatada historia propia cuya significación escapa a este uso instrumental y dicotómico en los albores de la Primera Guerra Mundial. Cfr. Elias, Norbert, “Sociogénesis de la oposición entre ‘cultura’ y ‘civilización’ en Alemania”,

Aunque elaboradas pensando en un público lector de un país neutral y, por ende, ajeno en gran medida a la burda militarización de la cultura que sobrevino en los países combatientes, las crónicas de Payró despliegan un proceso similar de estigmatización y demonización del pueblo y la nación alemana que retoma los tópicos centrales de la dicotomía *Kul-*

tur/Civilization. Así, luego de conocer la violación de la neutralidad belga, Payró afirma:

[...] se trata de defender el hogar, se trata de oponer al imperialismo y a los últimos representantes del viejo orden una resistencia que los anonade; se trata de cerrar definitivamente para bien de los pueblos civilizados el largo y glorioso cielo abierto con la revolución de 1789; se trata de imponer la paz con las armas en la mano, triste pero inevitable exigencia de la época.⁴⁵

Sin embargo, ese sentimiento de hostilidad hacia Alemania está catalizado por el inicio de la guerra pero difícilmente pueda afirmarse la presencia en los escritos de Payró de un sentimiento antigermánico preexistente a la conflagración. De hecho, en reiterados pasajes el autor se esfuerza por destacar algunos aspectos encomiables de la sociedad alemana que son, justamente, los que quedarán enterrados tras esta aventura bélica:

Alemania se ha enajenado las simpatías de todos los pueblos libres al lanzarse a esta guerra [...] porque aunque triunfe —y es difícil que triunfe— ya no será para nadie la nación ponderada y sabia, la nación de los hombres de ciencia, de

en *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1987 [1939], pp. 57-96; Benveniste, Émile, "Civilización. Contribución a la historia de una palabra", en *Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, 1971 [1966], pp. 209-218; Bénétou, Phillippe, *Histoire des mots: culture et civilisation*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1975; Williams, Raymond, "Civilización" y "Cultura", en *Palabras claves. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2008 [1976], pp. 59-61 y 87-93; Starobinski, Jean, "La palabra civilización", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, N° 3, 1999, pp. 9-36 y Lepenies, Wolf, "La cultura: un noble sustituto", en *La seducción de la cultura en la historia alemana*, Madrid, Akal, 2008, pp. 17-36. Un breve estudio sobre sus usos durante la Gran Guerra puede consultarse en Goberna, Juan, "Conceptos en el frente. La querrela de la *Kultur* y la *Civilization* durante la I Guerra Mundial", en *Historia Contemporánea*, Vizcaya, Universidad del País Vasco, N° 28, 2004, pp. 425-437.

45. "Diario de un testigo", *op. cit.*, p. 615.

*los filósofos, de los artistas, sino la de los aventureros conquistadores que no vacilaran en enlutar el mundo si con ello han de satisfacer su ambición.*⁴⁶

En esta primera representación de la Alemania imperial elaborada por Payró se destaca la arraigada tradición del pensamiento y su exquisita cultura en consonancia con su pujante crecimiento industrial y técnico, que hasta cierto punto el cronista parece admirar. El intento de presentarse como un testigo imparcial que carecía de animosidades y de un sentimiento antialemán con anterioridad a la violación de la neutralidad belga, lo hallamos expresado en el primer interrogatorio sufrido por el autor, el 22 de septiembre de 1915:

— *¿Ha sido usted siempre antialemán?*

— *Lejos de eso. La prueba está en que mis hijos se han educado en colegios alemanes y que el mayor ha pasado algunos años en el Realschule de Fulda.*

— *¿Y se ha hecho usted enemigo de Alemania a causa de las pretendidas atrocidades cometidas por nuestros soldados?*

— *No, señor. Desde antes de eso: desde la violación de la neutralidad*

46. *Ibidem.*

belga, porque eso es una cosa horrible.

— *¡Ah! Desde entonces cambió usted.*

— *No quién cambió fue Alemania.*⁴⁷

Sin embargo, a medida que el accionar de los ejércitos alemanes en el territorio belga y francés sea progresivamente difundido, aumentará la estigmatización y el tono despectivo con el cual Payró se refiere a ellos, apelando a términos peyorativos muy en boga por entonces como *albosch*, *boche*, el invasor o el enemigo. Incluso la valoración de la cultura alemana será dejada de lado, optando por una interpretación de la misma que encuentra en ciertos intelectuales alemanes los orígenes ideológicos del militarismo, el imperialismo y la guerra y, por tanto, una justificación del comportamiento de sus ejércitos. Todo ello está plasmado, según la sesgada lectura de Payró, en la obra de Friedrich Nietzsche: “[...] que fue y sigue siendo la encarnación del pueblo alemán imperialista y su doctrina que es la santa doctrina germánica”.⁴⁸

47. “La dominación alemana en Bélgica”, en *El Álbum de la Victoria*, *op. cit.*, s/p.

48. “Episodios de la ocupación alemana”, *op. cit.*, p. 964. El estallido de la conflagración y el despliegue de las culturas nacionales de guerra

A partir de allí, una operación recurrente consistirá en presentar al pueblo alemán y a sus líderes como los herederos y continuadores de los pueblos “bárbaros”, como los hunos o los mongoles, equiparando a Guillermo II con Atila o Gengis Kan:

¡No ha sido vana la amenaza de arrasarse el país! El emperador Guillermo ha hecho pasear el incendio y la destrucción por todas partes, superando a los más bárbaros conquistadores. Junto con el deseo de intimidar a un pueblo valeroso, le agitaba la sed de venganza, pasión cuyo paroxismo se ha confundido

constituyen un hito demarcatorio para la difusión de la obra de Nietzsche en varios países europeos donde, a pesar de la profusa recepción previa, la militarización nacionalista de la cultura hace de su figura y su obra la encarnación de la barbarie germana y, por ende, una lectura imposible en tiempos de la Gran Guerra. Para el caso francés, véase el artículo de Sazbón, José, “Aspectos de la recepción temprana de Nietzsche en Francia”, en *Nietzsche en Francia y otros estudios de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, 2009, pp. 19-64. Un buen análisis de la estigmatización del filósofo alemán por la propaganda británica se encuentra en Martin, Nicholas, “‘Fighting a philosophy’: the figure of Nietzsche in british propaganda of the First World War”, en *The Modern Language Review*, Vol. 98, N° 2, Abril de 2003, pp. 367-380.

en él con la locura. Sólo un demente puede cometer esa serie interminable de crímenes contra la civilización [...] Sólo un alienado que en delirio de grandezas se cree el autócrata único del mundo entero puede tratar así de imponerse por el terror, desdeñando el odio y la execración universales [...] desde Visé por donde entraron en Bélgica, hasta Mons por donde pasaron para Francia, los cráneos de los civiles fusilados por sus hordas—hombres, mujeres, viejos y niños—le formarían un pedestal más alto que el de Gengiskán.⁴⁹

Históricamente, la utilización de la noción de civilización entraña el uso de un par conceptual ineludible e inseparable: la barbarie. Al menos hasta entrado el siglo XVIII, el contra-concepto de “bárbaro” fue utilizado para designar a un “Otro” que se hallaba fuera de Europa, una operación de construcción política y cultural mediante la cual la civilización europea occidental se legitimaba a sí misma por la estigmatización y la desacreditación de su contrario, lo que justificaba su dominación y su sometimiento. Sólo a partir de la Revolución Francesa y, posteriormente, en el marco de la Revolución Industrial comenzará a percibirse la presencia de un “Otro” entre nosotros,

49. “Diario de un incomunicado”, *op. cit.*, p. 702.

es decir, la existencia de los “barbaros” en las entrañas mismas de la civilización: el continente europeo.⁵⁰

La equiparación de Guillermo II con Atila o Gengis Kan, retoma este último sentido: el *uno* civilizado no se refiere ya a un “otro” salvaje sino a un otro *propio*. Así al utilizar dos encarnaciones prototípicas de la barbarie extramuros, los hunos y los mongoles, para representar las nuevas formas de la barbarie alemana al interior de Europa, los alemanes emergen como los nuevos bárbaros de la Europa civilizada de comienzo del siglo XX.

En este sentido, el acontecimiento que sin lugar a dudas, más influyó en la construcción y la estigmatización de la barbarie alemana fue el incendio y la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina, aunque en este caso la equipara-

ción remite al célebre incendio de la Biblioteca de Alejandría, ordenada por el Califa Omar en el año 634:

Lovaina, la pacífica ciudad universitaria, que parecía protegida por la historia misma contra todo ataque destructor, cuya universidad fundada en el siglo XV por el duque Juan IV de Brabante se consideraba un siglo más tarde la primera de Europa, ha sido destrozada a cañonazos, empapada en la sangre de sus habitantes indefensos: mujeres, ancianos, niños, e incendiada luego por las hordas bárbaras de Guillermo II. La destrucción de Lovaina ha provocado un grito unánime de indignación en toda Bélgica, y debo creer que en el mundo entero, pues no se borra así del mapa, sin causa alguna, con un propósito salvaje de intimidación, con un torpe deseo de venganza, una ciudad famosa en las lides pacíficas y fecundas del pensamiento, un archivo de la antigua sabiduría humana, un monumento incomparable en cuanto se refiere a la historia del cristianismo en Europa, desde la postrimería de la Edad Media hasta la época actual. Liberales y católicos, escépticos y creyentes, unidos en un mismo sentimiento de admiración hacia los esfuerzos que para acercarse al ideal y a lo absoluto hicieron nuestros remotos antepasados, no tienen si-

50. Véase la bibliografía indicada en la nota 41. Recientemente, José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski han destacado la existencia de una representación de los irlandeses como bárbaros en el marco de las guerras civiles británicas, lo que permitiría retrasar al siglo XVII las primeras referencias a la utilización de la noción de barbarie para la descripción de un pueblo europeo. Cf. “Bárbaros, sanguinarios, inhumanos. Las masacres en Irlanda durante el siglo XVII”, en *Eadem Utraque Europa*, Buenos Aires, Año 6, N° 10/11, junio-diciembre 2010, pp. 77-135.

*no anatemas implacables para el moderno Omar, más merecedor que el antiguo de la universal reprobación, pues nadie podrá poner en dudas, como a propósito de la de Alejandría, que Guillermo II ha hecho incendiar la biblioteca de la universidad católica y ha convertido en pavesas tesoros inestimables de la filosofía cristiana [...] es la invasión de los bárbaros en un país que fue laborioso, honesto y rico.*⁵¹

El cronista vuelve a adscribir los crímenes de guerra a la barbarie, la irracionalidad y el salvajismo pero ahora en referencia a una acción ordenada por el líder de un Estado islámico y, nuevamente, nos encontramos aquí frente a un tópico de larga duración que se remonta mucho más allá de los usos de la oposición *Kultur/Civilization* de comienzos de la Gran Guerra. Pues, tras la utilización grecolatina de la noción de “bárbaro” como “extranjero”, durante la Edad Media la oposición “bárbaro” y “romano” fue lentamente reemplazada por la distinción entre “bárbaro” y “cristiano” y a partir del siglo XV, tras la caída de Constantinopla en 1453, el término “bárbaro” comienza a ser sistemáticamente utilizado para designar a los musulmanes o, más imprecisamente, al turco co-

mo “bárbaro”, asignándoles como atributos propios la barbarie, la crueldad y la ferocidad.⁵²

El énfasis en el carácter bárbaro y retrogrado del Imperio alemán será retomado en relación con el bombardeo de la catedral de Reims, célebre por su arquitectura gótica y por haber sido testigo de la consagración de veinticuatro reyes de Francia y con la destrucción de la catedral de Ypres, acciones planificadas y sistemáticas tendientes a destruir la cultura de los países dominados y mediante las cuales los alemanes continúan con su programa de alta *Kultur* iniciado al entrar en Bélgica.⁵³

51. “Diario de un incomunicado”, *op. cit.*, pp. 705-706.

52. Cf. Kwiatkowski, Nicolás, “Identidad y alteridad en las representaciones de los bárbaros durante la modernidad temprana”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Bernal, UNQUI, N° 16, 2012 (en prensa). Agradezco a Nicolás Kwiatkowski la generosa posibilidad de acceder a este manuscrito aún inédito.

53. “¡Los alemanes bombardean la catedral de Reims! Esta noticia me indigna y me sobrecoge. Si no es presentarse como bárbaros ante el mundo entero, ¿qué es lo que los alemanes buscan con este inútil atentado? Después de la biblioteca de Lovaina, la catedral de Reims ¡Están completos! Ése, que pretende ser un pueblo de sabios y de artistas, de pensadores y de poetas, de filósofos y de creyentes, no sólo se entrega a la matanza y a las violaciones para sembrar el terror en el país que quiere

La dicotomía civilización/barbarie jalona también la extensa y minuciosa denuncia sobre las primeras víctimas que la República Argentina aporta a ese diluvio universal de sangre: el vicecónsul argentino en la ciudad belga de Dinant, Rémy Himmer, fusilado por los alemanes el 23 de agosto de 1914 y Julio Lemaire, vicecónsul y canciller del consulado general argentino en Amberes. De esta manera, “[...] nuestro país ha comenzado, pues, a pagar su tributo de sangre en esta lucha feroz entre la mal disfrazada autocracia y los principios de independencia y libertad”.⁵⁴ Lo cierto es que esa denuncia no se limitaba a la muerte de los representantes argentinos sino que mediante información de primera mano procedente del ministro argentino en Bruselas, el Dr. Alberto Blancas, del agregado militar, el coronel Lorenzo Bravo y de entrevistas e informes a testigos presenciales y a los miembros

someter sino que se encarniza contra los libros y contra las obras de arte, contra la ciencia y contra la fe. [...] Este nuevo acto vandálico, que nadie podrá perdonarles nunca, nos hace temblar por las maravillas que aún quedan en pie [...] pues claro está que no han de respetar nada, que continuarán impertérritos su tarea destructora como un nuevo azote de Dios”, en “La guerra vista desde Bruselas”, *op. cit.*, pp. 842-843.

54. “Dos representantes argentinos muertos en la guerra”, *op. cit.*, p. 631.

sobrevivientes de la familia Himmer, Payró elaboró una extensísima crónica en la que describe con detalle el saqueo de Dinant en el que calcula que “[...] los muertos alcanzaban a quinientos y los prisioneros a seiscientos”.⁵⁵

Luego de ser publicadas en el matutino porteño éstas denuncias de las atrocidades alemanas comienzan a percibirse sus efectos sobre el diario y, posteriormente, sobre su autor. Al día siguiente de la publicación de las crónicas que denunciaban la muerte de los representantes argentinos en Bélgica, el Banco Alemán Transatlántico hizo saber al administrador de *La Nación* que anulaba la publicación de un aviso publicitario de dicho banco como así también las suscripciones para sus oficinas en Buenos Aires, la casa central en Ber-

55. El accionar de los alemanes en Dinant marca el número más alto de civiles fusilados durante los primeros meses de la invasión de Bélgica con un total de 674 sobre una población cercana a los 7000 habitantes, es decir, casi el 10% de la misma. Para una detallada reconstrucción de los hechos cf. Horne y Kramer, *German atrocities, op. cit.*, pp. 42-53. El fusilamiento de Himmer fue constatado por la Comisión de Investigación belga en su *Informe, op. cit.*, p. 136. Sin embargo, no hay referencias al fallecimiento del vicecónsul de Amberes, según Payró, muerto en el sótano de su casa durante el bombardeo de la ciudad.

lín y una sucursal en Mendoza. *La Nación* comentó socarronamente al respecto: “[...] no se nos tachará de excesivamente suspicaces si relacionamos un hecho con otro. En la vida de los diarios, los episodios de esa naturaleza son demasiado frecuentes para que les asignemos al que nos ocupa mayor importancia que la que en realidad tiene. Los que conocen la tradición de este diario saben que ni por eso, ni por mucho más, se apartará ‘La Nación’ de la línea de conducta que se ha trazado”.⁵⁶

Existe un segundo conjunto de imágenes utilizadas en menor medida por Payró para describir la magnitud de esa novedad que implicaba la Gran Guerra que remiten a la imaginería religiosa y a la simbología cristiana. Cuando las noticias sobre el incendio y la destrucción de la biblioteca de la Universidad de Lovaina llegaron a Gran Bretaña gene-

raron una gran conmoción en la opinión pública y la prensa británica cubrió profusamente el acontecimiento. El lunes 31 de agosto de 1914 el londinense *Daily Mail* titulaba una nota acerca del “Holocausto de Lovaina”. En la misma sintonía, unos pocos días después reflexionando sobre el papel de Bélgica en la contienda Payró escribe: “[...] la víctima no tiene responsabilidad en el *holocausto*”.⁵⁷ Y en su extensa crónica sobre el saqueo de Dinant, la reconstrucción del tormento y las vejaciones sufridas por el vicecónsul argentino en las horas previas a su fusilamiento son representadas como un vía crucis, noción que junto a la idea del calvario de Bélgica es repetida reiteradamente.

Todos estos tópicos relacionados a la imaginaria cristiana serán utilizados en el pormenorizado relato sobre la destrucción de Lovaina, de la que si bien Payró no es un testigo presencial pero publica una descripción de la entrada de los ejércitos alemanes en la ciudad, redactada por un amigo personal, “[...] hombre en cuyo discernimiento y veracidad debe confiarse a ciegas”, en contrapunto con la descripción de otro testigo presencial “[...] para que la exactitud

56. “‘La Nación’ y la guerra”, en *La Nación*, 18/11/1914, N° 15409, p. 7. En lo que puede ser otro indicio del impacto que dichas denuncias producen y de la circulación de los textos de Payró en Buenos Aires, Raúl Larra comenta: “el crimen exalta al estudiantado argentino que realiza manifestaciones en contra de Alemania, apedreando el edificio de su legación en Buenos Aires. Grandes carteles adheridos a los muros reproducen frases de las correspondencias del autor”, *Payró, op. cit.*, p. 195.

57. El titular del *Daily Mail* está citado en Kramer, Alan, *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Nueva York, Oxford University Press, 2007, pp. 13.

meticulosa de esta relación resalte más”. A lo largo de los relatos de las masacres constatamos reiteradas referencias a la imaginería cristiana:

Al llegar a la estación vi todavía varios grupos de prisioneros civiles rodeados de soldados. Un hombre joven, atado en cruz a un farol, como un Cristo, parecía muerto. Hacía doce horas que lo tenían de esa manera. Iban a fusilarlo al día siguiente... El infeliz estaba tan extenuado que ya no podía ni mover la cabeza.

Desde la carretera de Malinas vi que todas las casas ardían a lo lejos, hacia Herent, y mis ojos se detuvieron en la inscripción flamenca “Dios nos preserve de guerra y de epidemia” de la capillita erigida en memoria de los muertos de 1880.

Ancianos, mujeres, niños, dementes, internados, fueron arreados brutalmente por todos los caminos, como un rebaño. Los soldados que los arreaban obligándolos a arrodillarse y alzar los brazos cada vez que pasaban los oficiales alemanes. No tenían que comer, ni por la noche donde cobijarse. Muchos murieron en el camino. Se arreó a más de diez mil habitantes hasta Tirlemont, que está a veinte kilómetros de Lovaina. Imposible describir su calvario.⁵⁸

58. “La destrucción de Lovaina”, en *op.*

Ahora bien, el interrogante clave es si esas imágenes y representaciones sobre las atrocidades alemanas son realmente una elaboración original de Payró. Difícilmente podría afirmarse que nuestro repórter sea el creador de las mismas dado que muy tempranamente las representaciones de las atrocidades alemanas inundaron la opinión pública de los países aliados principalmente a través de la prensa, que fue uno de los canales prioritarios para la difusión y el establecimiento de un cierto imaginario sobre el salvajismo y la barbarie cometida por los alemanes en Bélgica. A lo que también debería agregarse otro tipo de soportes para la difusión de esas imágenes como los carteles de propaganda y la enorme cantidad de postales alusivas a la guerra que comienzan a imprimirse por entonces y que colaboraron enormemente en la fijación de una serie

cit., pp. 786, 788 y 802. Algunas de esas imágenes cristianas, como por ejemplo la crucifixión, dieron lugar a varios mitos de los combatientes que serían luego retomados por la propaganda aliada. Uno de los casos más duraderos, debido a su sugerente simbolismo, fue el rumor que imputaba al salvajismo alemán la crucifixión de un soldado canadiense luego de la batalla de Ypres en la primavera de 1915. Cf. Fussell, Paul, *La Gran guerra y la memoria moderna*, Madrid, Turner, 2006 [1975], pp. 159-162.

de tópicos sobre las atrocidades alemanas.

Tanto en la prensa como en las postales y los carteles están presentes varias de las imágenes discursivas que serán utilizadas por Payró en la elaboración de sus crónicas. En primer lugar, una representación de la noción de *Kultur* como un concepto que sirve para legitimar un programa bárbaro y asesino que encuentra en el accionar desplegado por los ejércitos alemanes en Bélgica su encarnación más elevada. En una de ellas, publicada en la satírica revista inglesa *Punch*, el propio Guillermo II empuñando la bandera imperial y con su revólver humeante aún en la mano, contempla los cuerpos yacientes de una madre y su hija, enmarcadas por los escombros y el fuego que la *Kultur* dejó a su paso (Figura 1). En otras, los soldados alemanes aparecen comandando la destrucción, dejando tras de sí una estela de muerte y saqueo o como los perpetradores del asesinato de mujeres indefensas, niños y ancianos (Figuras 2 y 9).

En segundo lugar, un elemento recurrente en este tipo de imágenes es la equiparación de Guillermo II con líderes que históricamente se hallan asociados a la barbarie, en particular, con Atila. En algunos casos, el emperador alemán es representado ataviado con una combinación de vestimentas de los pueblos bárbaros junto al chacó característico de los

húsares de la muerte prusianos (Figura 4). Aunque también existen referencias a Atila en la que se hace alusión a la forma en que éste era conocido en Occidente como “el azote de Dios”, apelando a fórmulas como la plaga de Dios (Figura 7) o el enviado de Dios (Figura 5). Incluso llegaron a reeditarse durante los primeros años de la guerra postales que tomaban algunas viñetas de *L’Histoire de Alsace*, del caricaturista Hansi, en la que el alemán era asociado al vándalo destructor de la civilización greco-latina. Por último, otra asociación posible es la de Nerón, el incendiario, bajo el título de Su Majestad Dum-Dum I, que remite a uno de los pretextos utilizados por los alemanes para justificar su accionar en Bélgica: la presencia de francotiradores civiles y la utilización de las balas perforantes Dum-Dum, prohibidas para su uso militar por la Convención de La Haya de 1899.

Un último tipo de imágenes que habría que ponderar son aquellas que hacen alusión a la imaginaria cristiana y en este sentido son de un altísimo impacto visual las láminas de Louis Raemaekker, publicadas en el *Amsterdam Telegraaf* a lo largo de 1914, como ser *Mater dolorosa* (Figura 10) y *La masacre de los inocentes* (Figura 11). Incluso en 1917, en un cartel para la campaña de los Bonos de Libertad lanzada en los Estados Unidos con el objetivo financiar el esfuerzo

bélico de los aliados, todavía se seguía apelando a la imagen de los soldados crucificados vivos por los alemanes durante la invasión de Bélgica (Figura 12).

Situado en ese entramado de significaciones culturales que contribuyeron a la conformación de un determinado imaginario sobre las atrocidades alemanas en Bélgica, lo más probable es que Payró haya tenido acceso a diversas fuentes europeas que le brindaron un conjunto de sentidos sobre las mismas aunque no lo mencione explícitamente. Sin embargo, una lectura atenta de las crónicas permite encontrar ciertos indicios de dicha posibilidad.

La imagen de la férrea dominación alemana en Bélgica que nos presenta Payró parece contradictoria con la relativa facilidad con que nuestro cronista recorre el país en su excursión a las ruinas e incluso a mediados de octubre de 1914 atraviesa la frontera holandesa rumbo a Maastricht en automóvil y desde allí a la capital holandesa para depositar su correspondencia en el vapor *Frisia* que zarpa rumbo a Buenos Aires. En Ámsterdam, capital de un país neutral durante la guerra pudo acceder a periódicos de libre circulación y ajenos a la censura.

Pero incluso en la propia Bruselas la censura alemana parece ser menos asfixiante que lo señalado y el propio Payró menciona en varias

ocasiones la compra de periódicos extranjeros en el mercado negro de la ciudad. Los indicios presentes en las crónicas son plenamente confirmados por el propio relato de Payró sobre el primer allanamiento a su domicilio en Bruselas:

El registro duró unas dos horas, y pusieron aparte unos cuantos kilogramos de papel manuscrito, noticias y apuntes dactilografiados, propios y ajenos, diversos folletos y libros, ejemplares de diarios franceses e ingleses —que me habían costado más que su peso en oro—, números de La Libre Belgique pesadilla de la policía alemana, varias caricaturas muy malas de antes de la ocupación, el papel de calcar en la máquina usado, mi libro de direcciones [...] y una tarjeta con el título de redactor de La Nación de Buenos Aires [...] El registro continuó un cuarto de hora más, en el que se ocuparon de los libros de la biblioteca, los objetos que había sobre la chimenea y todo cuanto había en una papeletera-archivo. Hojearon atentamente un álbum en que he coleccionado cuanta postal se refiere a la guerra y sus destrozos.⁵⁹

59. “La dominación alemana en Bélgica”, en *El Álbum de la Victoria*, op. cit., s/p. El destacado es mío.

El pasaje citado es elocuente respecto de las posibles fuentes de procedencia de esas imágenes y representaciones sobre las atrocidades alemanas en Bélgica. Payró no sólo tuvo acceso a periódicos ingleses y franceses sino que tenía en su poder ejemplares del principal órgano de la resistencia belga, el periódico *La Libre Belgique* y confiesa haberse avocado a coleccionar postales alusivas a la Gran Guerra. Muy probablemente, en esos periódicos y en esas postales se encuentren los orígenes de las representaciones trazadas en sus crónicas aunque jamás mencione las fuentes y tienda a presentar como una elaboración propia imágenes que parecen haber sido, en realidad, bastante más extendidas.⁶⁰

60. La apelación a acontecimientos históricos similares a los utilizados por Payró en la representación de las atrocidades alemanas en Bélgica también se encuentran en los testimonios de los contemporáneos. El joven jesuita Dupierreux, testigo de los hechos de Lovaina, escribió en su cuadernos de notas: "Decidedly, I do not like the Germans. In my youth, I learned that centuries ago it was the barbarians who burned unfortified towns, pillaged houses, and assassinated innocent townfolk. The Germans have done exactly the same thing. I was told that long ago Omar burned the library of Alexandria; the Germans have done the same thing at Louvain. This people can be proud of its *Kultur* [...]" Fue

Sin embargo, a lo largo de sus crónicas no sólo se constata la utilización de las representaciones ya señaladas sino que en su búsqueda de matrices retóricas y estéticas para la interpretación de las atrocidades alemanas en Bélgica emergen también, indiciariamente, elementos que provienen del horizonte político y cultural de formación del autor. Y a la hora de buscar una imagen en la historia argentina o, mejor aún, en su canon literario que condense la significación de la barbarie, el despotismo y el salvajismo, Payró vuelve sobre esa obra tan influyente para él como fue el *Facundo* de Sarmiento⁶¹

fusilado el 27 de agosto de 1914 durante el saqueo de la ciudad. Citado en Horne y Kramer, *German atrocities, 1914*, op. cit., p. 41.

61. Sarlo ha demostrado que la organización ideológica de *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* (1911), reitera varios tópicos de la visión dicotómica de civilización y barbarie del *Facundo*: adscribe el universo social, político y cultural de lo criollo como un obstáculo para la modernización de la Argentina, explica la corrupción del poder político basado en la propiedad rural de la tierra, etc. Cf. Sarlo, Beatriz (selección, prólogo, notas y cronología), en Payró, Roberto, *Obras*, op. cit., p. XXVII y XXVIII. La influencia sarmientina en el trazado del perfil de Gómez Herrera también fue señalada por Ghiano, Juan Carlos en "Roberto J. Payró, un testigo de

y encuentra allí, en la representación del accionar de los caudillos federales del interior argentino durante el siglo XIX, una imagen local en la que apoyarse para trazar una nueva analógica histórica que permita comprender los sucesos: “¿No parece esto de los proceder de Facundo o el Chacho, en las épocas más bárbaras que haya atravesado nuestro país?”, se pregunta en relación a las atrocidades.⁶² La analogía y la comparación con algunas de las significaciones del concepto de “barbarie” que Sarmiento condensó como diagnóstico e intervención en las páginas del *Facundo* es otro de los mecanismos a los que apela Payró para representar las acciones alemanas en Bélgica.⁶³

Sin embargo, a pesar de la extendida utilización de esas imágenes europeas en sus crónicas, en contadas ocasiones se produce algún cuestionamiento al carácter reduccionista implícito en esas representaciones

excepción”, en Payró, Roberto, *Al azar de las lecturas*, La Plata, UNLP, 1968, pp. 24-25.

62. “La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo”, en *op. cit.*, p. 850.
63. La bibliografía sobre el *Facundo* es monumental. Para un análisis de la deriva de la imagen sarmientina de civilización/barbarie en el campo político y cultural argentino véase: Svampa, Maristella, *El dilema argentino. Civilización o barbarie*, Buenos Aires, Taurus, 2010 [1994].

sobre la guerra. Payró fue un combatiente de la causa de la civilización y de la libertad, en medio del campamento germánico establecido en Bélgica, afirmaba Alberto Gerchunoff,⁶⁴ lo cual es totalmente cierto si entendemos por ello la defensa de la libertad, la democracia y del edificio jurídico emanado de la Revolución Francesa. Sin embargo, el caso de Payró presenta ciertas divergencias en el ordenamiento de esos conceptos pues si bien se alinea decididamente con la causa belga y apela a la dicotomía civilización/barbarie como una lucha entre dos modelos civilizatorios para representar los hechos, a diferencia de otros intelectuales aliadófilos, se niega a equiparar a la Triple Entente con una alianza de países que encarnan la libertad y la democracia contra la tiranía y el militarismo:

La guerra actual puede y debe considerarse como una guerra de razas y como una guerra de principios. De un lado, la libertad; del otro, la autocracia que no tardaría de imponerse al mundo si Alemania resultase triunfante. El apoyo de Turquía no hace sino acentuar más este carácter de la guerra, que sólo empaña un tanto la intervención de Rusia del lado de los países de la libertad, unidos para defen-

-
64. “Proemio”, en *El Capitán Vergara*, *op. cit.*, p. XXIV.

*derse contra el imperialismo autocrático.*⁶⁵

Pero ese matiz, que aquí aparece levemente insinuado, es sostenido con mayor vehemencia en una crónica escrita tras el ingreso del Japón en la guerra junto a la Triple Entente:

*De este modo Alemania y su aliada Austria-Hungría tendrán contra ellas casi al mundo entero, y la mayoría de las naciones civilizadas resolverá su ruina, condenándolas con un nuevo "¡Delenda Cartago!" [sic] Las ideas se ofuscan de este modo. Ya era bastante con que la Francia republicana se hubiera hallado en la terrible necesidad de apoyarse en el zarismo, de tender la mano a las ensangrentadas manos de hierro de la autocracia para sellar una alianza monstruosa que sólo justifica el derecho a la vida [...] Por mucho que haya progresado Japón, por admirable que sea su desarrollo material, sus ideas no son y probablemente no serán nunca las de las naciones liberales que trabajan por una civilización más elevada y perfecta, civilización de paz, de bienestar, de fraternidad universal: el país de los daimios y del haraquiri es un país todavía bárbaro.*⁶⁶

65. "Episodios de la ocupación alemana", *op. cit.*, p. 919.

66. "Diario de un incomunicado", *op.*

Reaparece aquí la visión dicotómica entre dos paradigmas civilizatorios cuyos ejes centrales oponen la libertad al despotismo en una nueva analogía histórica, la equiparación de las potencias centrales con la ciudad de Cartago que al igual que aquella, "delenda est", es decir, debe ser destruida, como reiteraba Catón El Viejo en sus arengas al senado romano en momentos de la campaña final contra la capital púnica, escenario del enfrentamiento entre la civilización romana y sus enemigos "bárbaros".

Pero en el pasaje citado la novedad radica en la valoración que Payró realiza de las alianzas tácticas entre las principales naciones en conflicto. La Francia republicana y la Gran Bretaña gobernada por una monarquía constitucional son países modélicos para la democracia y la libertad que sólo por una cuestión de supervivencia frente al militarismo alemán optaron, como un mal menor, por entablar una alianza con el gigante ruso que lejos está de ser un país gobernado como un Estado de Derecho. A pesar de ello, la propaganda aliada insistía en presentar a la Triple Entente como un conjunto de países democráticos lo que sólo podía explicarse por cuestiones de índole tácticas pero que tras el ingreso del imperio japonés en la Gran Guerra ya no es posible seguir tole-

cit., pp. 670.

rando la falsedad que implicaba presentar a ese conjunto de países según esa misma valoración.

Pues, la relativa similitud en sus formas de gobierno y el apego al despotismo en países como Rusia y Japón es lo que explica que el peligro del militarismo pueda sobrevivir más allá de una derrota del Imperio alemán en los campos de batalla:

Con estos auxiliares –Rusia y Japón– la guerra actual pierde mucho del carácter que los latinos querriamos darle apoyándonos en todos los hechos y en todas las razones para evidenciar que es una guerra contra el militarismo, contra el absolutismo apenas disfrazado, y en favor de la paz y la libertad. La guerra actual, que es sin duda alguna el epílogo de la revolución de 1789, como lo han demostrado los franceses y los belgas corriendo unánimes a las armas, como lo demuestra Inglaterra, pueblo de libres, auxiliando a sus vecinos, la república y la monarquía verdaderamente constitucional, nos presenta esa grave falta, ese consorcio que amenaza engendrar desastrosas consecuencias [...] Aunque el zar haya dado la autonomía a Polonia, aunque la tenebrosa Rusia comience a aparecer iluminada por un destello de liberalismo, su conducta ulterior no inspira confianza. Si Alemania es vencida, el zarismo

*se consolidará, y las hordas del vasto imperio, que es también goloso de conquistas, amenazarán la paz y la libertad de Europa.*⁶⁷

Ahora bien, si en la óptica de Payró la barbarie, el militarismo y la brutalidad son encarnadas por las potencias centrales y sus aliados aunque también, como acabamos de ver, por Rusia y Japón, la representación del pueblo belga que el autor construye bien puede parecer el reverso de la moneda pues entre los atributos que le asigna se destacan su civismo, su afán de justicia y la esperanza de castigar a quienes lo han ofendido, su laboriosidad y su pacifismo.

Y al igual que la barbarie sarmientina encontraba su encarnación arquetípica en la figura de Facundo o Rosas y que en la actualidad bien podría ser condensada en la figura del Kaiser Guillermo II, aquellos valores del pueblo belga se hallan reunidos y condensados en los repre-

67. *Ibidem*, p. 671. Vale aclarar que esos tópicos del discurso aliadófilo, –la guerra como un enfrentamiento entre la raza latina y la germana y la presentación de la contienda como un combate entre la libertad y el autoritarismo– habían sido rápidamente replicados por los intelectuales argentinos que militaban a favor de la causa alemana. Cf. Quesada, Ernesto, *La actual civilización germánica y la presente guerra*, Buenos Aires, s/d, 1914, pp. 5 y 42-43.

sentantes destacados de la comunidad, como el burgomaestre de Bruselas, Adolfo Max, y el Cardenal Mercier:

*Como el pueblo belga, que acaba de mostrarse tan noble y tan valeroso, Adolfo Max necesitaba, para exteriorizar sus virtudes, la terrible tragedia en la que su país es héroe y víctima. Como el pueblo belga, sensual, rico, burgués, vivía en la impasibilidad a que invitan la paz y la abundancia, y parecía despreocupado de las altas ideas y los hondos sentimientos generosos. Como el pueblo belga, guardaba, sin embargo, inagotables reservas de energía, de patriotismo, de inteligencia, de abnegación, que sólo pedían una oportunidad para, en bien de la comunidad, derramarse como raudal fecundo.*⁶⁸

Si bien es más que evidente el esquematismo que caracteriza al tipo de representaciones que se han analizado hasta aquí, existe un consenso historiográfico en señalar que las construcciones maniqueas pergeñadas por los intelectuales europeos al calor de las culturas de guerra funcionaron plenamente como formas de interpretación y representación del conflicto durante los primeros años de la Gran Guerra y que sólo a

partir de 1916 comenzaron a percibirse indicios de un resquebrajamiento dando lugar a un viraje en las representaciones del conflicto durante los años 1916 y 1917.

Luego de las grandes carnicerías de Verdún y de Chemin de Dames, la representación del conflicto como una lucha entre la barbarie y la civilización pierde progresivamente sentido y será reemplazada por una imagen según la cual lo que la Gran Guerra marca en realidad es el fin de una época y la muerte de la civilización occidental en su conjunto y con ella los valores elaborados y difundidos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. De esta manera, lo que parece hundirse para siempre en el fango de las trincheras es más bien la civilización europea en su conjunto como paradigma y modelo de sociedad.⁶⁹

68. "Un ciudadano: el burgomaestre Max", *op. cit.*, p. 779.

69. Para un análisis pormenorizado de este viraje, véase Horne, John (Ed.), *State, society and mobilization during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, en especial la cuarta parte "The limits and consequences of mobilizations", pp. 193-240. Para el caso latinoamericano, cf. Compagnon, Olivier, "1914-18: The Death Throes of Civilization. The Elites of Latin America face the Great War", en Macleod, Jennny y Purseigle, Pierre (eds.), *Uncovered fields. Perspectives in First World War Studies*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2004, pp. 279-295.

La profunda influencia que Europa como paradigma civilizatorio había ejercido sobre las élites de América Latina y de la Argentina en particular, explica él porque diferentes sectores de la opinión pública, los intelectuales y la prensa se vieron llamados a tomar partido por ciertas naciones en pugna, es decir, a adscribir a determinados modelos nacionales considerados afines o en los cuales debería nutrirse la cultura argentina. Sin embargo, a medida que el conflicto bélico se prolongaba, la empatía con ciertos contendientes va acompañada también –aunque de forma menos taxativa– de una toma de distancia del magisterio europeo, de desconcierto y, a la vez, afianzamiento de la propia identidad nacional.

Este desplazamiento emerge muy tempranamente en las crónicas de Payró, en varios pasajes donde la Gran Guerra deja de ser vista como un choque de paradigmas antagónicos, insinuando que en realidad constituye una verdadera crisis civilizatoria que abre concomitantemente un interrogante sobre el destino de la Argentina y de América Latina como culturas que, con sus especificidades políticas y culturales, podrían salvaguardar el legado de la civilización europea:

Estamos en medio de un cataclismo tal que nunca se soñó. Pero no lo abarcamos porque no tenemos un

*punto de vista lo bastante alto para dominar todo el horizonte... Por mi parte, debo declarar con profunda melancolía que América se enriquecerá con los despojos de Europa. Con tristeza, sí, porque hay que enriquecerse con lo que se crea por sí mismos, no con restos ajenos, por el esfuerzo propio, no por la flaqueza de los demás. Pero me consuela esta esperanza: América puede recoger, del charco de sangre en que se apaga, y ardiendo aún, la antorcha de la civilización ¡Así sea!*⁷⁰

Tempranamente y con cierta desazón, Payró comprueba que la Europa latina y los grandes valores humanistas que fueron codificados en su seno, ya no podrá ser la misma una vez finalizada esa atroz guerra que, por entonces, parecía no tener fin. En medio de esa hecatombe, países como la Argentina, ligados materialmente al Viejo Continente y fuertemente influenciados por su cultura, emergían como una posibilidad de supervivencia para los valores de la cultura latina. Y en esa mirada bifronte sobre la guerra europea se abre un interrogante acerca del destino de la Argentina en ese futuro escenario, vaticinando un tema que será luego recurrente para las élites políticas y culturales del país: el balance y los cuestionamientos del

70. "En Holanda", *op. cit.*, p. 754.

magisterio de Europa como paradigma y faro de la civilización.

Palabras finales

Durante los años de la Gran Guerra, Roberto Payró fue un testigo privilegiado de uno de los acontecimientos más perturbadores de los inicios de la contienda, las atrocidades alemanas en Bélgica y las provincias fronterizas de Francia, donde se produjeron una serie de probadas violaciones de los Derechos de Gentes, que harán de ellas uno de los componentes claves para la confección de la propaganda aliada.

Las crónicas elaboradas por Payró constituyen los registros más documentados sobre la violación de la neutralidad belga y la denuncia más sistemática de los atropellos cometidos por el ejército alemán que puedan encontrarse en la prensa periódica argentina del momento. Inserto en la trama cultural de la Europa en guerra, Payró plasmó en sus crónicas un conjunto de representaciones que buscaban estigmatizar el accionar de los ejércitos alemanes a partir de la

oposición entre la civilización y la barbarie en tanto ejes vertebradores de dos paradigmas civilizatorios en combate desde el estallido de la guerra. La operación privilegiada fue la búsqueda de analogías con líderes y pueblos que con anterioridad a ese conflicto bélico encarnaron a la barbarie, mediante las cuales Payró puso en circulación un conjunto de imágenes discursivas y visuales que por entonces ya eran un lugar común en la prensa de los países aliados aunque en esa mirada emergen también elementos culturales del propio horizonte de formación del observador.

Sus crónicas desde Bélgica son también un espacio privilegiado para analizar la imagen que Payró construye sobre sí mismo en el medio de la Gran Guerra, pues en ellas la reivindicación de su condición de cronista y las puesta en marcha de las viejas prácticas de repórter conviven con una forma de intervención y de denuncia que proyectan sobre la opinión pública argentina a la figura de Payró como un intelectual comprometido.





Fig. 1. "The Triumph of 'Culture'", en *Punch*, Londres, 26 de agosto de 1914, ilustración de Bernard Partridge



Fig. 2. "Leur façon de faire la guerre", en *L'illustration*, París, 29 de agosto de 1914, ilustración de Georges Scott

Fig. 3. El alemán como bárbaro, c. 1914-1915, postal de tiempos de guerra basada en las ilustraciones de Hansi (Jean-Jacques Watz) de su *L'Histoire de Alsace*, París, 1913

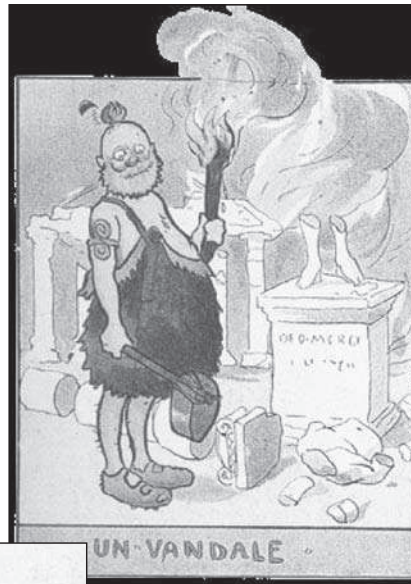


Fig. 4. *Ste. Geneviève et le nouvel Attila*, postal francesa, 1914, de S. Solomko



Fig. 5. *L'envoyé de Dieu*, postal francesa, 1914 de Pierre Châtillon

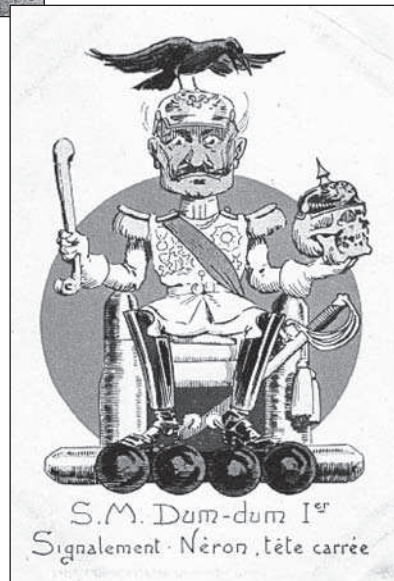


Fig. 6. *S. M. Dum Dum Ier*, postal francesa (1914), de Lebègue

Fig. 7. *Le fléau de Dieu et de l'Humanité*, postal francesa, 1914



Fig. 8. Louis Raemaekers, "The Shields of Rösselaere", publicado en el *Amsterdam Telegraaf* en 1914, en *Raemaekers Cartoons History of the War*, Vol. 1, "The First Twelve Months of War", New York, The Century Company, 1918, Lamina 8



Fig. 9. Louis Raemaekers, "Kultur has passed here", publicado en el *Amsterdam Telegraaf* en 1914, en *Raemaekers Cartoons History of the War*, Vol. 1, "The First Twelve Months of War", New York, The Century Company, 1918, Lamina 18



Fig. 10. Louis Raemaekers, "Mater Dolorosa", publicado en el *Amsterdam Telegraaf* en 1914, en *Raemaekers Cartoons History of the War*, Vol. 1, "The First Twelve Months of War", New York, The Century Company, 1918, Lamina 22

Fig. 11. Louis Raemaekers, "The Massacre of the Innocents", publicado en el *Amsterdam Telegraaf* en 1914, en *Raemaekers Cartoons History of the War*, Vol. 1, "The First Twelve Months of War", New York, The Century Company, 1918, Lamina 24



Fig. 12. *Sus bonos de libertad ayudarán a dar fin con esto*, cartel de propaganda norteamericano (1917), de Fernando Amartola

